

Heraldo Alavés

DIARIO INDEPENDIENTE

Número 71. 4 de Abril

Periódico de la tarde

JUÉVES SANTO

DE
1901



Jesús arrojando del templo á los mercaderes

Número Extraordinario

Cinco céntimos.

Valor y Cobardía



HACE ya 1868 años que un hombre rendido y doblegado bajo el peso de sus preocupaciones, gemía en tierra implorando de su Padre alejara de sí el baldón, la ignominia, los tormentos. Era la naturaleza del hombre que se defendía; era la innata repugnancia á la afrenta; era el instinto de conservación que rechazaba la muerte y era, sobre todo, el resultado de sus pensamientos que le presentaban lo pobre, ya que no estéril, del horrible sacrificio que se le exigía. Fué tal el esfuerzo que hubo de hacerse y tal la violencia que sobre sí ejerció, que congestionados y rotos los vasos, brotó la sangre en abundancia, llegando su extraño sudor á regar la tierra.

Esa escena sin ejemplo de un hombre libre que voluntariamente abraza cuanto de más doloroso ha imaginado jamás la saña de un enemigo, es la síntesis más perfecta de la noción del valor, es el cuadro más acabado de cuanto de heroico y épico ha podido jamás concebir la imaginación de un artista.

Ante los ojos de la víctima pasaron como fantasmas las ofensas que los hombres habían inferido á su Padre en el pasado, las que se disponían á inferirle en el presente, las que en el porvenir habían de contristar su corazón. Su inteligencia las midió en toda su extensión, y una angustia inmensa, infinita, como el que la padecía, se apoderó de todo su ser. Aterrado ante la audacia de los mortales comprendió que era necesaria la expiación y se ofreció en holocausto. Pero lo que en él había de inferior, lo humano, protestó sobrecogido á la vista de los dolores que le aguardaban.

Su imaginación le presentó entonces el valor infinito de sus menores acciones y si infinita fué la ofensa y si infinita era menester que fuera la reparación, infinitos, por ser suyos, eran sus méritos contraidos en una vida de pobreza y de vejaciones. Pudo dar satisfacción á su Padre sin morir, y sin embargo aceptó la muerte; pudo morir dulcemente y en calma, como mueren la generalidad de los mortales, y aceptó la muerte con sufrimientos; pudieron éstos ser los naturales de la agonía, de la lucha entre el ser y el no existir, y prefirió que fueran los más horribles, hasta el punto de semejar que se gozaba en padecer.

Y es cierto; el Hombre-Dios que padeció una agonía tan violenta, una lucha tan angustiada, ante la idea de los horrores que le esperaban que llegó á sudar sangre, se complació en padecer, quiso llevar su altruismo no ya á sufrir lo necesario para expiar por nosotros, para aplacar la justa ira de su Padre, sino que trató como de acumular con su pasión toda clase de méritos en favor de los que le maltrataban, para hacer así más fácil la obra de la misericordia divina.

Cristo en la agonía, Cristo en la cumbre del Gólgota es el prototipo de la abnegación y del valor, y cuando su ignominiosa muerte removió los cimientos de la creación y obró en la sociedad la revolución más grande que ha conocido la historia, sus apóstoles lo predicaron, siguiendo su ejemplo, por la abnegación. Epopeya colosal la de los primeros siglos de nuestra era. Los cristianos lavan con su sangre las manchas de un mundo y de una sociedad asquerosos y parece que la naturaleza trueca sus leyes y que el dolor no hace presa en los cuerpos de los humanos convertidos y que la muerte misma depone su fiereza para ser un lenitivo suave en los males de los que esperan la calma de una vida futura. Es que los discípu-

los han seguido las huellas del Maestro, es que la abnegación es hija de la fé como el valor es hijo de la abnegación.

Han pasado los siglos y con los siglos han pasado al parecer los hermosos tiempos de fé, de abnegación y valor. Hoy nos encontramos en el imperio más absoluto de la cobardía; el egoísmo más repugnante y asqueroso ha sustituido al altruismo de tiempos pasados y esta sociedad que alardea de inteligente y sabia, que conoce hasta en sus menores detalles el drama heroico de Getsemaní, se siente incapaz del menor sacrificio.

Es desgraciadamente cierto que á aquellos primitivos Apóstoles que predicaban la verdad neta y pura, sin temor al fuego y á las fieras, porque su Maestro había dicho que era Él la verdad, han sustituido Pastores que enmudecen ante el error, guiados por una prudencia que no falta quien tache de ambiciosa y cobarde: á aquellos discípulos y fieles que renunciaban sus bienes todos en favor del fondo común de la Iglesia y que iban gozosos al tormento y á la muerte por confesar su fé, han reemplazado adeptos incapaces de hacer un sacrificio pecuniario en bien de las obras católicas, y que callan y se ocultan y se mezclan y confunden con sus mismos enemigos para no padecer persecución, para no sufrir quebranto en sus bienes, y sin embargo se dicen y pretenden serlo, discípulos de Aquel que siendo libre soportó el peso de todas las miserias, de todos los ultrajes de todos los dolores.

Hoy los enemigos de nuestra religión se alzan insolentes en vista de nuestra cobardía, y apedrean é insultan y piden la hoguera y la muerte para los predicadores de la fé de Cristo, y los discípulos del Cristo de la abnegación callamos prudentes ó cobardes y apenas si un Pastor eleva su voz para prevenir á sus ovejas, apenas si un pequeño núcleo de fieles dejando de lado sus pasiones y miserias se agrupa á sus hermanos preparándose á la defensa.

El estado actual de cosas no puede menos de recordarnos aquellas terribles palabras de Jesucristo en su Evangelio: *¡Oh Jerusalem, Jerusalem que matas á los profetas y apedreas á los que á tí son enviados! ¿Cuántas veces quise recoger á tus hijos, á la manera que el ave cubre su nido debajo de sus alas, y tú no has querido?*

¡Pueblo ingrato! hé aquí que vuestra morada va á quedar desierta. Y os declaro que ya no me vereis más, hasta que llegue el día en que digáis: Bendito sea el que viene en nombre del Señor.

¿Se cumplirá ese tremendo anatema contra la pobre España, contra la predilecta de la Iglesia, contra la que fué honrada con la visita de la madre de Dios, la que durante siglos y siglos luchó por mantener la fe?

De temer es al ver como en estos días millares de locos fanatizados apedrean á los que son enviados de Dios: de temer es al ver como masas compactas de infelices descreídos ó sugestionados piden á voces la muerte de los que en el nuevo Testamento han sustituido á los profetas del antiguo.

No nos queda más remedio á los que nos preciamos de Católicos, de seguidores de la fé de Cristo, que volver los ojos á la gruta de Getsemaní, contemplar hoy las angustias que allí solo y abandonado padeció nuestro Dios y Maestro, y á la vista de aquel cuadro hermoso en medio de su lúgubre soledad, resolernos á dar de lado á nuestro egoísmo y cobardía y llenarnos del valor que guió los pasos del Señor desde el fondo de Getsemaní á la cumbre del Gólgota.

A.

Á LA MUERTE DE JESÚS

¿Y eres tú el que velando
La excelsa majestad en nube ardiente,
Fulminante en Siná? Y el impío bando,
Que eleva contra ti la osada frente,
¿Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso?

Mas ora abandonadonado
¡Ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo
Alzas gimiendo el rostro lastimado:
Cubre tus bellos ojos mortal velo,
Y su luz extinguida,
En amargo suspiro das la vida.

Así el amor lo ordena;
Amor, más poderoso que la muerte:

Por él de la maldad sufre la pena
El Dios de las virtudes, y el león fuerte
Se ofrece al golpe fiero
Bajo el vellón de cándido cordero.

¡Oh víctima preciosa,
Ante siglos de siglos degollada!
Aún no ahuyentó la noche pavorosa
Por vez primera el alba nacarada,
Y hostia del amor tierno,
Moriste en los decretos del Eterno.

¡Ay! quién podrá mirarte,
Oh paz, oh gloria del culpado mundo!
¿Qué pecho empedernido no se parte
Al golpe acerbo del dolor profundo,
Viendo que en la delicia

Del gran Jehová descarga su justicia?
¿Quién abrió los raudales
De esas sangrientas llagas, amor mío?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
De horror y palidez? ¿Cuál brazo impío
A tu frente divina
Ciñó corona de puzante espina?

Cesad, cesad, crueles:
Al Santo perdonad, muera el malvado:
Si sois de un justo Dios ministros fieles,
Caiga la dura pena en el culpado:
Si la impiedad os guía
Y en la sangre os cebáis, verted la mía.

Mas ¡ay! que eres tú solo
La víctima de paz, que el hombre espera.

Si del Oriente al escondido polo
Un mar de sangre criminal corriera,
Ante Dios irritado.
No expiación, fuera pena del pecado.

Que no, cuando del cielo,
Su cólera en diluvios descendía,
Y á la maldad que dominaba el suelo,
Y á las malvadas gentes envolvía,
De la diestra potente
Depuso Sabaoth su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre
De los montes el agua vengadora:
El sol, amortecida la alba lumbré
Que el firmamento rápido colora,
Por la esfera sombría
Cual pálido cadáver discurría.

Y no el ceño indignado
De su semblante descogió el Eteano.
Mas ya, Dios de venganzas, tu hijo amado,
Domador de la muerte y del averno,
Tu cólera infinita
Extinguir en su sangre solicita.

¿Oyes, oyes cuál clama:
Padre de amor, por qué me abandonaste?
Señor, extingue la funesta llama
Que en tu furor al mundo derramaste:
De la acerba venganza
Que sufre el Justo, nazca la esperanza.

¿No veis cómo se apaga
El rayo entre las manos del Potente?
Ya de la muerte la tiniebla vaga
Por el semblante de Jesús doliente,

Y su triste gemido
Oye el Dios de las iras complacido.

Vén, ángel de la muerte:
Esgrime, esgrime la fulmína espada,
Y el último suspiro del Dios fuerte,
Que la humana maldad deja expiada,
Suba al solio sagrado,
Do vuelva en padre tierno al indignado.

Rasga tu seno, oh tierra:
Rompe, oh templo, tu velo. Moribundo
Yace el Criador; mas la maldad aterra,
Y un grito de furor lanza el profundo:
Muere... Gemid, humanos:
Todos en él pusisteis vuestras manos.

ALBERTO LISTA.

Nuestros Cultos

Han transcurrido ya veinte siglos desde que el mundo presenció el sublime y conmovedor drama de la Pasión de Jesucristo. Las generaciones hánse sucedido unas á otras; los guerras, pestes y calamidades no han entibiado la doctrina del Redentor del mundo en el corazón de los católicos del universo; antes bien, con el transecurso de los siglos, se han arraigado más y más en sus creencias religiosas. Semana Santa ó Mayor, con la que termina la Cuaresma instituída por nuestra Santa Madre Iglesia en conmemoración de los cuarenta días que el Señor hizo penitencia en el desierto.

La Semana Santa es la más grandiosa, la más admirable de cuantas festividades el Cristianismo conmemora. No hay vida como la de Jesucristo; no hay sabiduría igual á la del Salvador, con tan conmovedores hechos; no hay abnegación comparable, no háy sacrificio igual al suyo. Con el aniversario de la muerte de Jesús en la presente semana, los materialistas sienten en su interior la duda y los excépticos visitan los templos, asombrados de la devoción y fe de los católicos creyentes.

Es innegable que las solemnidades religiosas de Vitoria, una de las ciudades más católicas de esta desventurada España, dejan bastante que desear, carecen de importancia; más aún, dán señales evidentes de decadencia.

Mientras que en Sevilla se celebran con inusitada pompa los cultos religiosos, llamando la atención de propios y extraños el lujo y esplendor de sus procesiones: Zaragoza, la heroica Zaragoza, en donde se cantarán en la presente semana obras de los más renombrados compositores religiosos, no omitiendo gasto alguno para que sean bien interpretadas. Murcia, con sus incomparables pasos, algunos de ellos obra del renombrado Zarcillo.....¿A qué mencionar más? Sería molestar demasiado la benévola atención de los lectores del HERALDO ALAVÉS.

Suprimida hace muchos años la procesión del Jueves Santo, por el estado lastimoso de los pasos, sólo queda en Vitoria la de Viernes Santo con tres: la Cruz, el Santo Sepulcro y la Dolorosa. En población de menos importancia son más los pasos que, tanto en Jueves como en Viernes Santo, salen á la pública veneración de los fieles. A las Cofradías antedichas, particularmente á la del Sepulcro, pertenecen muchos aristócratas vitorianos.

Y ya que hacemos mención de Cofradías, hemos de ocuparnos, siquiera brevemente, de la Oración del Huerto, conocida también por la de Hermanos de Paz y Caridad, cuya misión es la de acompañar á los reos de muerte en sus horas angustiosas en la capilla y al patíbulo.

La Oración del Huerto, uno de los pasos más conmovedores de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, donde á través de los pálidos reflejos de la luna ora el Divino Redentor pronunciando estas sublimes palabras: «Padre, si posible es, traspasa de Mí este caliz, mas no se haga como Yo lo quiero, sino como Tú.»

La Cofradía de la Oración del Huerto, estatuída hace muchos años, cuenta en la actualidad con un reducido número de Cofrades. Este año (triste es decirlo) no se ha celebrado la función acostumbrada; desconocemos las causas, aunque fácil es comprenderlas. Las bajas por fallecimiento de cofrades, y el no ingresar otros, constituye un aumento de cuotas en el reparto para los gastos de la Cofradía, y como en su mayor parte son de la clase obrera, les es muy penoso el satisfacer su importe.

Señoras caritativas hay en esta católica Vitoria, cuyos sentimientos son bien conocidos de todo vitoriano, que han empleado cuantiosas sumas en valiosos regalos religiosos.

Hoy que la impiedad avanza cual gigantesca ola atropellando y expulsando comunidades religiosas y apedreando los conventos, es necesaria la unión de los católicos para hacer frente al audaz enemigo; es necesaria la protección de las Cofradías para que no decaiga y aminore la fé y el sentimiento religioso del obrero, pues es indudable que esta sociedad materialista y corrompida, cual vetusto caserón, se desmorona.

Tenemos la obligación, el ineludible deber los católicos de trabajar de consuno para hacer frente á la propaganda anti-religiosa que cada vez mayor se hace en la novela, en el teatro y en el periódico, tanto rotativo como con grabados, en los que se vá inculcando paulatinamente el veneno inmoral en la juventud. Hay que oponer á la impiedad la propaganda religiosa, de lo contrario, los católicos tendremos que dar estrecha cuenta en el día del juicio por nuestra pusilanimidad y apatía.

V.



Semana Santa



GRANDE, sublime y altamente hermosa la Iglesia Católica, nuestra amorosa Madre, por su origen é institución, por su dogma y celestial doctrina, por su misión divina y redentora, por su historia nobilísima, brillante é inmaculada, no es menos grande y sublime por la sabiduría que resplandece en el simbolismo de su liturgia, por lo vetusto de sus ritos y uniforme de sus ceremonias, por la fastuosa pompa y religioso aparato con que celebra y conmemora sus fiestas y solemnidades, los sagrados y augustos misterios de nuestra religión sacrosanta.

Entre estas religiosas solemnidades y estos misterios, ninguno impresiona tan hondamente al alma creyente, ninguno conmueve tanto al corazón cristiano, como el de la Redención del linaje humano, fundamento y base primordial de los dogmas y misterios todos, como el sangriento Drama del Calvario, fortísimo pilar que sustenta la economía de nuestras creencias benditas é inmaculadas, cuya memoria renueva la Iglesia en esta semana, *Santa* por antonomasia, con una pompa por demás lúgubre, triste y funeral.

Esa misma Iglesia, que en Pascua ha de mostrarse alborozada y riente, entonando cánticos de gloria, luciendo hermosas galas y lujosos atavíos, más hermosa y divina que Raquél, aparece ahora enlutada, llorosa, austera y penitente cual la Magdalena, cubierta de ceniza, vistiendo el burdo saco y el áspero cilicio para llorar los pecados de sus hijos, para celebrar el aniversario de la afrentosa muerte del Hombre Dios, aniversario tan conmovedor y terriblemente grandioso, cual ni se registra ni se registrará otro en los anales de la historia de los siglos todos.

Por eso, la Iglesia, que sabe sentir porque sabe amar, y sabe amar porque es Madre cariñosa, hace uso en las sagradas funciones de estos días, de una liturgia que no puede ser más sábia, más conmovedora, más funeral y significativa.

Mudas las campanas, desnudas las aras, vueltas las sacras, sin luz las lámparas, despojados de su ornamento los altares, veladas las sagradas imágenes con morado crespón, todo en estos días revela en el santo templo tristeza y amargura....

Los conmovedores Oficios de Pasión, el grandioso, grave y sentidísimo *Miserere* y los tristísimos arpegios que del órgano brotan, semejando suspiros plañideros, vienen á realzar la melancolía que reina en el santo templo, melancolía que parece trasciende á la Naturaleza, respirándose en el ambiente, reflejándose en los semblantes, y sintiéndose allá en lo más profundo é íntimo de nuestras almas. Semana esta de luto y

de lágrimas; llora la Iglesia, despojando al templo de sus galas, en sus fúnebres cantos, en sus sentidos Oficios, en la cátedra sagrada, en la negra indumentaria de sus sacerdotes, en toda su liturgia, para movernos á penitencia.

Acompañémosla como buenos hijos en su llanto, lloremos con ella, con tanto mayor amargura, cuanto que repercute hoy en nuestros oídos, los sacrílegos gritos de aquel pueblo deicida, que en el paroxismo de su furor y ódio á Jesús, clamaba ante Pilatos: «*Nolumus hunc regnare super nos; Crucifige.*» «No queremos que ese reine sobre nosotros; Crucifícale.

Los que desde la tribuna y en la prensa blasfeman de su Santo Nombre, los que ni acatan, ni quieren reconocer su reinado social, los que le han desterrado de la sociedad y de las leyes y arrojado ignominiosamente de la cátedra, del taller y de la escuela, los que concitando las brutales pasiones del vil populacho, han abortado antireligiosas algaradas subversivas del altar y del trono, los que con fruición satánica é infernal ardor han trabajado y trabajan para que la demoledora piqueta revolucionaria no deje en pié templo ni santuario alguno, en el que el Hombre-Dios pueda recibir la adoración, el culto, el homenaje á que le somos deudores, los que pretenden impíos hasta arrancar su Nombre y borrar su santa ley del santuario de nuestras conciencias, esos son los nuevos Judas que le traicionan, los Pedros que le niegan, los Pilatos que le condenan, la plebe vil que le insulta y escarnece, los sayones que le azotan y crucifican, esos son hoy su cruz y su Calvario.

Oremos y lloremos por ellos, para que cual nuevos Centuriones, confiesen contritos la divinidad de Aquél que por sólo amor al hombre, murió pendiente de un afrentoso leño, y confesándola la adoren, y adorándola reconozcan el sagrado é indiscutible derecho que á Jesús asiste de reinar sobre la sociedad y sobre el mundo.

Oremos y lloremos también por nosotros, al visitar estos días al Sacramento de Amor, expuesto en los monumentos de nuestros templos y por la suerte de nuestra Patria, tan pobre y decadente desde que abandonó el camino que la fe le trazara.

Porque la oración sube entre las onduladas nubes del vaporoso incienso hasta el trono de Dios aplacando su ira, y las lágrimas que brotan del arrepentimiento son piedras preciosas, con las que el hombre compra su divina filiación, por el pecado perdida, dando por último resultado la justicia, con la que el individuo se deifica, deificando á su vez á la sociedad de que forma parte, porque escrito está que «la justicia exalta á las naciones, tanto, cuanto miserables hace á los pueblos el pecado.»

M. M.

La Última Cena



EL cordero pascual, sagrado emblema de víctima suprema, todo el pueblo judaico disponía, mientras el verdadero reparador y celestial cordero al odio ciego la traición vendía. De derramar la sangre redentora se aproxima la hora; hora que al tiempo precedió en la mente del Hacedor Eterno hora que con horror prevé el infierno y el cielo abisma en pasmo reverente. Más, en tanto, la víctima sublime

cuya sangre redime á un mundo criminal, y el fin espera de su misión divina, sus pasos al cenáculo camina á celebrar la Pascua postrimera. Doce varones son los que, elegidos, cual amigos queridos llama Jesús á su banquete augusto, y los que deben fieles las penas compartir, duras, crueles, que el cielo envía al corazón del justo. Doce apóstoles son, doce tan solo, y la traición y el dolor al uno torna eu pérfido enemigo, que, como vil serpiente,

clavar intenta el venenoso diente en aquel seno que le diera abrigo. El último es, que llega conturbado al convite sagrado; vedle, de horror se eriza su cabello, y en su mirada incierta y adusta faz, de amarillez cubierta del crimen lleva el infamante sello. Jesús, espero, con serena frente le recibe demente y el alma vil del criminal aterra tan celeste dulzura, imaginando, en su mortal pavora, que bajo de su pié se hunde la tierra. ¿Y será ¡oh Dios! tu mansedumbre tanta

que allí, á tu mesa santa,
 el manjar gustará por tí bendito,
 y llegará su boca
 al borde mismo que tu labio toca
 y en que tu amor se ostentará infinito?
 ¡Oh! si miradle de Jesús en frente
 se sienta el delincuente;
 insólito temblor su cuerpo agita,
 y con empeño vano
 quiere encubrir bajo su helada mano
 la maldición en su semblante escrita.
 Mirándole el Señor, busca benigno
 algún dichoso signo
 de sincero dolor, pues su presencia
 por su amor enmudece,
 y yá el perdón en su mirada ofrece
 al despertar de Judas la conciencia.
 «Uno me vende de vosotros» clama.
 A tan inícuo trama,
 llenos de horror, su indignación reprimen;
 más el divino acento
 excita solo altivo atrevimiento
 en el vil corazón que alberga el crimen.
 Por ventura soy yo? pregunta osado
 el apóstol culpado;

y— «Tu lo has dicho, le responde Cristo;
 con presto paso llega
 mi tiempo ya; más; hay de quien me [entrega
 ¡feliz si nunca el sol hubiera visto!
 Dice y bajando la ínclita cabeza,
 con piadosa tristeza
 la infausta suerte del traidor deplora,
 mientras su rabia excita
 oculta voz con que incesante grita
 á su oído Luzbel «¡Marcha ya es hora!»
 Más antes llega el venturoso instante
 que el Salvador amante
 provisto tiene para dar al mundo
 de admiración suspenso,
 el alta prueba de poder inmenso,
 perpétua prueba de su amor profundo.
 Tomando el pan en sus sagradas manos,
 alza los soberanos
 ojos al cielo con fervor divino,
 y articula un acento
 que trueca el pan en inmortal sustento
 y en néctar de los ángeles el vino.
 ¡Hecho inefable que al Empíreo asombra!
 Quien prodigio le nombra,

su excelsitud deprime y su grandeza;
 ante el sublime arcano
 anonadado yace el juicio humano
 y la razón proclama su flaqueza.
 más ¿quién, Señor, tu voluntad limita?
 La víctima infinita,
 el Dios que el tiempo y el espacio mide,
 el Rey de cielo y tierra;
 todo ese cáliz misterioso encierra;
 en ese pan mi Redentor reside.
 ¡Oh! de clemencia inescrutable abismo,
 Así se ofrece El mismo,
 dejando eterno en el linaje humano
 su celestial convite,
 y aún su sangre santísima permite
 que entre en el pecho del traidor villano.
 Ya instituído el Sacramento egregio,
 de su atroz sacrilegio
 se espanta Judas; ciego, fascinado,
 huye en veloz carrera.....
 donde un cordel á su garganta espera,
 premio final de su hórrido atentado.

JUAN NICASIO GALLEG0.

CONSUMMATUM EST



Todo ha concluído, todo ha terminado. Tal fué la voz pronunciada por los labios de un Dios hecho Hombre, que en las convulsiones de la agonía, al sentir el próximo rompimiento de la unión estrecha, íntima por ser substancial, existente entre el alma y el cuerpo, reconcentra en su boca las fuerzas todas, que desparramadas y dispersas se hallaban por su sacratísima Humanidad, para anunciar al mundo la aurora de un nuevo día, voz que rasga el velo oculador de los tiempos futuros, dividiendo á la vez la Historia en dos grandes períodos, y la humanidad en dos grandes pueblos, los que caen al lado de allá de la Cruz, y los que comienzan su itinerario, poniendo la Cruz como jalón primero de sus conquistas, piedra miliaria que indicará el rumbo que deben seguir los que en el rodar continuo de los siglos se sucedan; voz, ante la cual las sombras y las penumbras, que á la humanidad envolvían, se desvanecen y disipan, cual se disipan y desvanecen y huyen las tinieblas de obscura noche al irisar sobre ellas sus dorados rayos el sol naciente; voz, á cuyo mágico timbre se deslabonan y rompen las férreas cadenas, con que el pecado tenía sujeto al hombre á su imperio y poderío, juntando con aúreo eslabón la que une al hombre con Dios, estableciendo entre estos dos términos sin relación moral hasta entonces, una corriente de simpatía sin interruptor que pueda para siempre impedirla; voz, á cuyas fuertes vibraciones las hasta entonces selladas puertas del celeste alcázar giran sobre sus quicios, cual en otro tiempo se derrumbaron y cayeron al suelo con estrépito los muros de Xericó al ronce sonar de las trompetas del pueblo de Israel, voz, que blandiendo los aires lleva, cual mensajera paloma, á las más apartadas regiones de la tierra la fausta nueva de la libertad de los pueblos; voz, que derriba y abate la soberbia humana para echar los primeros fundamentos del imperio de la humildad en el mundo; voz, que pone digno remate y coronamiento á la obra grandiosa, monumental de la universal reparación; voz, de efectos más sorprendentes y admirables que la que por vez primera resonó, cuando la duración no era tiempo, sobre el vacío y la nada; voz, en fin, que resume y sintetiza las tristezas todas del Dios que agoniza y muere por la salvación del hombre, y las alegrías de la humanidad rescatada por la sangre purificante de la Víctima infinita.

Consummatum est. Todo se ha consumado. Se consuma-

ron ¡Dios mío! tus paradisiacas promesas, que descubrían á los ojos de la humanidad horizontes bellísimos de vivísima luz, en medio de la larga noche, que había tendido su negro manto; consumáronse los vaticinios que, por boca de Gabriel, hiciste á Daniel, profeta; han pasado ya las semanas, que como plazo fijaste para que la prevaricación se consumase, la iniquidad fuese borrada y se pusiese término al pecado, ha llegado el momento en que, según tu voluntad soberana, debe desaparecer la antigua hostia y derogarse el antiguo sacrificio, para ser sustituido con otro Sacrificio muy más puro, muy más santo, muy más purificante y acepto á tus ojos; con el sacrificio y la inmolación de la humanidad santísima del Hijo, á quien engendraste en tus concepciones eternas; se ha consumado ya la misión y el encargo que me diste. Rechazasteis, Señor, los sacrificios y las oblacones, las víctimas y los holocaustos de la antigua Ley, y por eso me disteis un cuerpo, en el que sufriera torturas y sufrimientos, y este cuerpo, Padre mío, se disuelve, este cuerpo se deshace, este cuerpo sucumbe con el peso del dolor. *Consummatum est*; todo ha concluído.

Ha concluído, ha llegado á su término la ferocidad y la rabia del pueblo judío, azuzado y soliviantado por la soberbia de sus magistrados y príncipes; ha llegado á su colmo la ingratitud de este pueblo, á quien elegiste entre todos los demás para que fuera nación y gran nación, que impusiera el yugo y la coyunda de sus leyes á los pueblos limítrofes. Este pueblo, á quien tanto habíais amado; este pueblo, á quien con mano fuerte sacasteis del yugo y servidumbre de los egipcios, este pueblo, á cuyo victorioso paso por el mar bermejo dividisteis sus aguas, en cuyas ondas quedaron sepultados el poder y pujanza de los faraónicos ejércitos; este pueblo, á quien habíais conducido y alimentado por espacio de cuarenta años en el desierto; este pueblo, á quien hicisteis dueño de regiones tan dilatadas como fértiles; este pueblo, ébrio de sangre y de coraje ha pagado tantos beneficios como le habeis dispensado, tantas gracias y favores como le habíais hecho, con la más negra ingratitud y crueldad más inaudita; este pueblo á voz en grito pide mi sangre, y mi sangre caerá, no para redimirle y restaurarle como pueblo, sino para constituir el estigma deshonroso, el sello perpétuo de esta desgraciada raza, que no podrá, no obstante sus titánicos esfuerzos, volverse á congregarse en cuerpo de nación con sus códigos constituciones y leyes, ni restaurar su antiguo templo y Sacerdocio. «Todo está acabado.» *Consummatum est.*

Al decir estas palabras, las sombras de la muerte comen-



zaron á extenderse sobre la santa Humanidad de Jesús; el semblante se iba marchitando y tornándose pálido y macilento; hundíanse las mejillas, vestidas de mustia palidez; quebrábanse los ojos; afilábase la nariz; acardenalábanse los labios; el pecho se levantaba; apresurábase la respiración; un sudor frío bañaba sus miembros, y todo el cuerpo, desplomado hacía su centro, se estremecía con crueles angustias.

En medio de estos desfallecimientos, presagios y precursores de la muerte, recogió Jesús sus potencias y levantando su espíritu á su Eterno Padre, se dirigió á El con filial con-

fianza; y después de volver sus ojos á la tierra y enviar una mirada de amor infinito á cada uno de los hombres presentes, pasados y por venir, y en especial á sus dulces amigos allí presentes y á su querida Madre, alzó su venerable cabeza y con voz fuerte y poderosa, exclamó: «Padre, en tus manos encomiando mi espíritu.» E inclinando su cabeza sobre su pecho, á impulsos del vendabal de la muerte, despidió su espíritu.

Así murió Jesús; tal fué el fin del drama del Calvario.

N.

LA DOCTRINA DE JESÚS



CUANDO el incrédulo Rousseau se detuvo á pensar en la vida de Jesús, exclamó sintiendo en su entendimiento las iluminaciones que produce la evidencia: —*Si la vida y muerte de Sócrates son las de un sabio, la vida y muerte de Jesús son las de un Dios.*

Y Jesús era Dios, que se hizo hombre, para enseñarnos la verdad y redimirnos, juntando en el Calvario el día del espantoso drama la tierra con el cielo, enlazando la gloria de arriba con las miserias de aquí abajo. Dijo palabras de Dios con la boca de los hombres y asoció en conjunción salvadora el martirio del Justo al perdón de los manchados por la culpa.

El mundo pagano, caído en las concupiscencias y en disfrute bestial de las mismas, tomó por locura la doctrina santa; y el judaísmo, que esperaba un Mesías con esplendores terrenos de príncipe, con poderes ostentosos, con atributos de rey humano, llamó escándalo á lo que predicaba un Mesías humilde, que en vez de las fastuosidades de la tierra, les hablaba de las dulzuras del cielo, que en vez de los honores y ensalzamientos, les recomendaba la sobriedad y la penitencia, que en lugar de prometerles una vida de satisfacciones, les ofrecía la mortificación del espíritu.

Y ese loco, dejó entre los hombres la más perfecta enseñanza; la ley divina. Y el escandaloso, dió su cuerpo para que le martirizasen en obsequio de la raza humana olvidada de su misión en el mundo.

Este prodigio tiene las más colosales proporciones; como que es la obra de un Dios.

De sus labios salió la doctrina que hace hermanos á todos los hombres; que abate á los poderosos y levanta á los pobres hasta hacerlos unos por el lazo amoroso de la caridad; que

tranquiliza las inquietudes del espíritu con la seguridad de una justicia verdadera y eterna; que santifica el padecimiento haciéndole medio para alcanzar la gran dicha; que no hay demasía que no reprenda, ni mérito que no ensalce; que no hay vicio que no excrete y lágrima que no enjague; en fin, es doctrina que tiene la acción poderosísima de unir á los hombres con la Divinidad por la práctica de la virtud.

La Iglesia que con aquellos hombres oscuros fundara el Hijo de Dios, dejó oír su predicación y cayeron los ídolos de sus altares, y las gentes fueron aceptando la nueva y ennoblecadora doctrina y el Evangelio conmovió de Oriente á Occidente é hizo que llegase la inquietud al reposo de los magos que el crimen les llevara al solio; y turbó la estúpida quietud del pueblo que soportaba tratamientos de bruto; y la humanidad atraída por los encantos de las divinas enseñanzas, volvió la espalda á las monstruosas creaciones paganas y se apartó avergonzada de las negaciones del judaísmo y entró sin temor á padecer por la Cruz y en la Cruz.

¡Cambio maravilloso! ¡Mudanza inconcebible!

Adoremos esas leyes selladas con la sangre del Hijo de Dios en el sacrificio inmenso del Gólgota.

Todos los orgullos humanos formando pujante ola han llegado hasta los muros de la Iglesia cimentados por Dios, y se han desecho en espumas pasajeras sin poder aniquilar la obra divina.

Cuando el hombre se ha alejado de la Iglesia, ha entrado en el delirio llegando á ser sostenedor de los más crasos errores.

Sin tener como guía la santa doctrina católica, no hay paso seguro, ni arribo feliz á la dicha que nos espera como término de este relámpago que llamamos vida terrena.

JUAN GAZTEIZ.

GETSEMANÍ



EL más absoluto silencio reinaba en las inmediaciones de la Ciudad Santa, centro en el que convergían las miradas de todos los moradores en Judea, cuando el astro del día, cansado por su larga carrera y muellemente acostado en su purpúreo tálamo, de caprichosos encajes rodeado, indicaba ser la hora señalada para la oración.

La naturaleza toda, durante el día tan risueña y placentera por las caricias, que, al bañarla con su suave y fecundante luz, recibe del sol, á cuyo beso despertara, yacía en un estado tal de quietud, que hacía presagiar algún repentino trastorno, ó alguna violenta sacudida.

Las plantas habían cerrado sus perfumados y embriagadores pebetes.

Del plateado disco de la luna brotaban torrentes de apacible claridad, que lo llenaban todo de suave resplandor y de vaga melancolía.

A lo lejos é iluminadas por la suave claridad de la reina de las noches se destacaban, como proyecciones de luz sobre blanco y terso lienzo, las siluetas de los más elevados edificios de Jerusalem.

Este silencio solo era interrumpido por el murmullo que las aguas producían al chocar contra las piedras que impiden su silencioso curso, y por los quejidos de amor que las hojas de los árboles emiten al ser besadas por las suaves auras del céfiro nocturno.

A la luz de la luna y en medio de la soledad, caminaba un grupo por doce hombres compuesto.

Era Jesús y once de sus predilectos discípulos.

Por medio de las calles que los olivos, los plátanos y los terebintos formaban, el grupo avanzaba sin perturbar con sus palabras el silencio de la noche.

Cualquiera que les hubiera visto cruzar aquellos bosques, adivinado

hubiera que alguna siniestra tempestad se cernía próxima sobre el corazón de aquellos hombres.

De pronto el silencio se interrumpe.

El Maestro abre sus divinos labios, y con voz temblorosa les comunica la mortal congoja que oprime su corazón amoroso, y en acentos quejumbrosos les dice: *Angustias de muerte cercan mi alma por todas partes.*

Los discípulos con tal anuncio quedan turbados, y se entristecen con la tristeza de su Maestro; quieren preguntar; Jesús sella sus labios.

La comitiva avanza mustia y silenciosa.

Traspone el torrente Cedrón, cuyas aguas al saltar sobre las guifas producen un ruido sordo que hace más triste la soledad.

Serían como las diez de la noche. La comitiva pisa la verde alfombra del huerto de Getsemaní, cuajada de diamantes con que el relente de la noche la ha adornado.

Ocho de los discípulos quedan, por orden del Maestro, á la entrada del huerto.

La más cruel incertidumbre se apodera de todos ellos.

Jesús observa esta turbación. «No temais», les dice.—«Quedaos aquí, mientras yo voy allá dentro á hacer oración».

Jesús se acompaña de Pedro, Juan y Santiago, para que, testigos antes de su gloria en el Tabor, lo fueran ahora de su tristeza y abatimiento en Getsemaní.

Caminan solos bajo la sombra de los copudos árboles que allí crecen.

El silencio era mayor; la calma completa.

La naturaleza parecía participar de las tristezas de su Creador, acompañándole en su duelo.

Jesús, víctima de lucha terrible, oprime con sus manos el corazón, que siente congojas y angustias de muerte.

Por entre el hueco de los árboles aparece, como visión fantástica con

su nimbo de flores, un montecillo, y á su vista comenzó Jesús á angustiarse y á temblar.

Fija sus ojos en él, y se despliega á su vista el triste cuadro que en su cima se ha de desarrollar al siguiente día.

Las angustias y las congojas crecen por momentos.

La muerte se presenta con todos sus horrores.

La imaginación parece se complace en atormentarle más y más con los horribles fantasmas que le presenta.

Ante ella van desfilando, uno en pos de otro, todos los Judas, que, en el trascurso de los tiempos, por un puñado de dinero, por un capricho vil, han de armarle traición, y venderle y entregarle infamemente á sus enemigos; todos los Pedros que, llevados de vil cobardía, de miserable interés ó vano punto de honor, han de negarle, no tres, sino trescientas veces.

Ante sus ojos pasan los Pilatos cobardes y contemporizadores, que le entregarán al furor de envilecida muchedumbre, y los Herodes presuntuosos y sensuales que le tomarán por objeto de burla y escarnio.

Contempla con angustia la febril actividad de los malos, y sus iras é incansable furor, y ve con profundísima tristeza el descuido y la cobardía de los buenos.

Una angustia mortal aflige su bendita alma y estremece y trastorna su cuerpo.

—Mi alma—vuelve á decir en tonos más lastimeros—mi alma está triste hasta la muerte. Las fuerzas me faltan; siéntome desfallecer.

La fiebre abrasadora, que consume sus carnes, le sostiene en pié y saca fuerzas de su abatimiento.

La mirada es vaga, sus manos temblorosas, su paso incierto.

Por fin se detiene; las fuerzas le abandonan, y cae.

El lugar era solitario, retirado, sombrío.

Todo convidaba á la ardorosa oración y al santo recogimiento.

El alma santísima de Cristo, que lucha con encontrados afectos, se encuentra ávida de celestiales consuelos.

Derribado en el suelo, y hundida su frente en el polvo de la tierra, acude á su Eterno Padre.

Entre suspiros y sollozos eleva al Padre ardiente plegaria: *Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; pero no se haga como yo lo quiero, sino como tú.*

La voluntad del Padre es contraria á la del Hijo, y se resigna.

Es necesario apurar aquel cáliz de amarguras.

Para ello la porción más débil de la naturaleza de Jesús necesitaba fuerzas y consuelos.

Un emisario celeste trae el encargo de prestarle unas y otros.

Jesús se levanta con el rostro sereno y el ánimo dispuesto al sacrificio.

A la anterior tempestad ha seguido la calma; á sus congojas y tristezas la alegría; á su abatimiento la decisión y la entereza.

Las hojas, que suspendieron sus juegos por no perturbar la oración de su Señor, comenzaron á jugar con el céfiro.

Las nocturnas auras llevan á sus oídos pasos de gente que se adelanta.

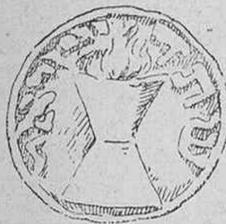
Con entereza y denuedo, Jesús sale á su encuentro y les dice: «Yo soy. Prendedme».

Este fué el prólogo de su pasión, en la que cumple la voluntad de su Padre y salva al mundo.

S.

LAS MONEDAS DE JUDAS

Conocida de todos es la traición de Judas, quien por treinta dineros entregó á Jesús en manos de los jefes de los sacerdotes, pocos días antes de la última Pascua. Lo que pocos conocen son las tristemente célebres monedas por las que fué vendido Jesús y que ocasionaron que el que vino á redimirnos fuera condenado á muerte y el mal discípulo se ahorcase después de cometida su villana acción.



Anverso

Los grabados que aquí intercalamos representan el anverso y el reverso de una de aquellas fatídicas monedas maldecidas por la historia.

Pertenece á Herodes I Magnus y, como todas las monedas hebraicas, no tiene ninguna representación de figura humana, según prevenía la Ley de Moisés.

El anverso contiene un altar en forma de pira coronado con llamas, siendo las de aquel rey de Judea las únicas en que se observa este símbolo. El reverso ostenta una espiga, símbolo de la fecundidad de la tierra prometida.

Anverso y reverso contienen signos hebraicos referentes al reinado de Herodes.

Con el dinero de Judas, que por haber tenido el empleo maldito que todos sabemos, no podía depositarse en unión de todo el que formaba el tesoro del templo, los individuos de Sanhedrin compraron el campo de un alfarero para sepultar en él á los extranjeros, terreno que, según el evangelista San Juan, se llamó el «Campo de la sangre» ó «Haceldama».



Reverso

JESUS



EDLE allí; en el huerto; orando se halla por quien le vá á prender como á un malvado; el cáliz del dolor ya lo ha apurado y sobre sí sostiene gran batalla.

Ya se acerca á prenderle la canalla; ya Pilatos por fin lo ha sentenciado; sube al Gólgota á ser crucificado y en gritos de placer el pueblo estalla.

Le clavan en la cruz; de una lanzada un soldado traspasa el santo pecho de nuestro Redentor, y una empapada esponja con hiel, le ofrecen con despecho.

Hasta que al fin, sonando la hora nona, muriendo Dios, la redención sanciona.

JOSÉ BRAVO.

Vitoria, abril 1901.

La semana mayor.

Estamos en la Semana Santa; en una época del año que la Iglesia nos recuerda con sus ritos la epopeya del Gólgota, el deicidio de la impía Jerusalen, la redención del hombre del pecado, la pasión y muerte de un Dios justo y todo poderoso, que entregó su vida en holocausto de la Humanidad por el amor inmenso que esta le inspirara.

Visten los altares de crespón, en el templo reinan las sombras y allí, escondido en la penumbra se levanta el monumento donde se cierra la Hostia Divina; al similitud de aquellas otras prisiones escondidas también en las sombras donde los escribas y fariseos encerraron el Divino Maestro antes de entregarle al furor de un populacho ébrio.....

Son estos días dedicados á la meditación y á los recuerdos, y qué lecciones obtendríamos como aprovechamiento espiritual de esas consideraciones, si fueran profundas y versaran sobre los asuntos místicos que la Iglesia conmemora!.....

Pero el corazón de esa humanidad por la que el Salvador vertió su sangre preciosa y sufrió angustias de muerte se ha hecho insensible, está empedernido, y en lugar de ofrecerle un testimonio de sincero agradecimiento, le niega el acatamiento y le dirige ataques torpes en nombre de una mentida Filosofía; en lugar de entregarse toda á Él porque lo redimió de la esclavitud del pecado, le escarnica y vilipendia, y blasfema de Él, y persigue con tesón de sectario los institutos donde se practican las órdenes religiosas y vocifera enardecida ¡abajo los jesuitas! fuera las asociaciones religiosas y luego..... proclama la libertad.

¡Qué sarcasmo!

¡Cuán sabias fueron las palabras postreras del Redentor del Mundo, cuando pendiente del árbol sacrosanto de la Cruz, con los estertores de la agonía, elevando los ojos al cielo que ya comenzaba á anublarse dijo al Eterno:

—¡Padre, perdónalos, no saben lo que hacen!

R.



Jesús coronado de espinas

(Cuadro de Juan Sycki)

RR. MM. Brígidas.—Tinieblas á las cinco.

RR. MM. Reparadoras.—A las cuatro y media Tinieblas. A las ocho *Stabat Mater*.

Viernes Santo

Parroquia de San Pedro.—Por la mañana, á las siete, se predicará el sermón de PASION por el elocuente orador D. Mateo Múgica, Catedrático del Seminario Conciliar. A las diez se celebrarán los divinos oficios, terminados éstos se hará el ejercicio del Via-Crucis.

Por la tarde, á las siete, el STABAT MATER á gran orquesta, del joven compositor D. Felipe Urrutia; inmediatamente se pronunciará el sermón de SOLEDAD por el Dr. D. Ignacio Lasquibar, Rector del Seminario de Aguirre, y á continuación se cantará el Salmo MISERERE con toda solemnidad.

Parroquia de San Miguel.—A las diez de la mañana se celebrarán los divinos oficios. A las cuatro tinieblas rezadas.

Parroquia de San Vicente.—Los divinos oficios á las diez.—A las doce, sermón de las Siete Palabras, acto continuo el de los Vespertinos siendo después la Procesión. Una vez terminada ésta, se cantarán las tinieblas.

PP. Carmelitas.—A las seis de la mañana, Via-crucis.—A las nueve comenzarán los demás Oficios.—A las cuatro de la tarde, Tinieblas cantadas y á las siete habrá Rosario doloroso, sermón de Soledad y *Stabat Mater*.

RR. PP. Jesuitas.—Oficios á las siete y media.—Por la tarde á las seis y media Via-Crucis.

RR. MM. Brígidas.—A las siete y media, en el Altar. A las doce las Siete Palabras. A las cinco de la tarde, tinieblas.

RR. MM. Reparadoras.—A las ocho, oficios. A las cuatro y media Tinieblas. A las ocho de la noche *Stabat Mater*.

CULTOS

Jueves Santo

Santa Iglesia Catedral.—Lavatorio á las tres de la tarde. A continuación sermón del Mandato. A las 6 Tinieblas.

Parroquias de San Pedro, San Miguel y San Vicente.—Las tinieblas darán comienzo á las 6 de la tarde.

PP. Carmelitas.—A las cuatro de la tarde, Tinieblas solemnes y á las siete, visita al Santísimo Sacramento, Lavatorio de piés y sermón.

Monasterio de la Visitación (Salesas). A las siete ejercicio de la Hora Santa.

Imprenta Moderna

Recordatorios:

De Aniversario.
De primera Misa.
De primera Comunión.

Devocionarios

ESTAMPAS RELIGIOSAS

Esquelas de defunción

Nuevos modelos

Objetos de Escritorio

Memorandum, Circulares, Cartas,

Papeles Comerciales

Targetas de Visita y de Comercio

Carteles de Iglesia

Cramas, Felicitaciones

Cheques, Letras, Pagars

Obligaciones Hipotecarias

Encuadernaciones de lujo y económicas